

Y viendo que ninguno le responde,
Sube á caballo, atravesando pinos;
Camina loco y presuroso donde
Le llevan sus furiosos desatinos.
El mar soberbio juzga que la esconde,
Y sin noticia fiel de los caminos.
El mismo signe que le ofrece á Baya,
Torciendo el paso á la vecina playa.
Entre unas peñas su deshecha nave
El sol turbado con piedad le muestra;
Su lumbre pura, con aspecto grave,
A ver el espectáculo le adiestra.
Primero pues que de mirar acabe
Con tiernos ojos la naval palestra,
Conoce sus amigos y pilotos,
Y el mar jugaba con los leños rotos.

Y á veces, animado de los vientos,
Saliendo de su margen, revolvia
Los cuerpos maltratados y sangrientos,
Que halló besando la distancia fría.
Detuvo los turbados pensamientos
El caso, que á sus males ofrecía,
Aunque sin penas fuera cuerdo y sabio,
Igual desdicha y desigual agravio.

Y viendo de la nave los pedazos
Vestir, deshechos con mortal ruina
Del pardo escollo los nudosos brazos,
Tenidos con la sangre peregrina,
«Que flore de Fenisa los abrazos,
Razon será, si el cielo determina,
Suspendo dijo, que en el campo verde
Naufragios pase quien su dicha pierda.

«No es el dolor de mis amigos muertos
El justo alivio que mis males sienten,
Ni tan confusos vanos desconciertos
Fingiendo esfuerzo con su mal consenten,
Seguir pretendo mis engaños ciertos;
Sus dulces hierros mi temor alienten;
Amor me llama y me embravece Marte,
Esto diciendo, á la venganza parte.

CANTO V.

ARGUMENTO.

Sus tiendas en los campos de Pelosa
Descoge Alfonso, y Aimerico lleva
De la debida muerte y afrentosa
De Juana triste la primera nueva.
Reiner á Alfonso rela en una umbrosa
Selva; Gerardo con Anselmo prueba
Armas y brazos, que Florel desparte;
De Alfonso triunfa el inculto estandarte.

De sus invictos fuertes escuadrones
(Que nunca en los sucesos desiguales
El tiempo los robustos corazones
Turbó con bienes ni oprimió con males),
Miraba las divisas, los pendones,
Las armas y los ánimos leales.
En los tendidos campos de Pelosa
El noble Alfonso, que jamás reposa.

De tiendas matizadas de colores
Confusamente estaban coronados,
Vistiendo octubre de prestadas flores
El seno estéril de los secos prados.
Cubrian sus gallardos moradores,
De la celeste injuria amenazados,
Mas grana y seda que en sus ferias trueca
Codicia alarbe visitando á Meca.

Ni el arco hermoso que adoró la tierra,
Que al mar impide que humedad exhale,
Divina paz en la lluviosa guerra,
Por nubes negras tan vistoso sale.
Viendo en el campo que su gente encierra,
Corrido el sol que su hermosura iguale
En prendas de africanos andaluces,
Parar sus rayos y doblar sus luces.

Era de Alfonso la soberbia tienda,
De riza tela, sobrepuesto el oro,
Que en Fez labró, sin consentir enmienda,
Sutil aguja de ingenioso moro.
La industria daba en la campal vivienda
Albergue entonces del real decoro,
Con ébano y marfil, igual sustento
Al vagabundo y trágico aposento.

En él de Juana y de Reiner aguarda
Segura nueva el hijo de Fernando,
Que á su noticia por descuido tarda,
Habiendo días que la está esperando.
Del fiel suceso la impresion gallarda
Que asiste sus recatos animando,
Ni ofrece duda á la invasion prudente,
Ni breve asomo de temor consiente.

Ya procuraban por el ancho velo
Del sol las rubias trenzas voladoras
Al blanco día, en la mitad del cielo,
Cortar las sombras y partir las horas;
Cuando ligero, fatigando el suelo,
Llegó á tocar las banderas vencedoras
Por medio de las tiendas Aimerico,
De aliento pobre, de plumajes rico.

Alegre el rostro, aunque suspenso traje,
Neutral entre el contento y la tristeza;
De risa copia, de dolor dibujo,
Mostró severamente su flaqueza.
A dolor el contento se redujo,
Y en confusión de tal naturaleza,
Luchaban siempre con igual efecto
El mal notorio, y el placer secreto.

Así humillado y grave se presenta
A Alfonso, que en los brazos le levanta;
Detuvose la gente, que contenta
Al término preciso se adelanta.
Por no turbarse, sosegado intenta
Templar la vista con grandeza tanta;
Bajó los ojos, y animado y triste
La voz despide, y el dolor resiste.

«Murió, Señor, de todos olvidada,
La reina Juana, tu adoptiva Madre,
Faltando á la corona desdichada
El justo honor que á tu grandeza cuadra.
¿A quién faltó lamento de criada,
O amigo perro, que funesto ladre?
Y alegres ojos, sin pagar tributo,
El cuerpo miran con semblante enjuto.

«No por respeto ó por lisonja callo,
Juzgando la mejora que recibe
Tu intento fiel, y que á tus sienas hallo
Que su corona activa se apercebe.
No fies, noble Alfonso, del vasallo
Que el fuero rompe, con que nace y vive,
Ni esperes que tu fama restituya
Quien vil y alevé defraudó la suya.

«Yo soy de tus criados generosos
Quien tantas veces ofreció la vida
A pérdidas aceros sediciosos.
De engaños y promesas combatida;
Induje amigos fieles y briosos,
Y á tus gloriosos trances ofrecida,
Gasté la edad por adquirirte el reino,
Y agora canas por lo mismo peino.

«La primera verdad de tu derecho,
De tan forzosos armas la justicia
Habitan la entereza de mi pecho
Con celo noble y amistad propicia.
Bien sabes que en su mengua, á su despecho,
Siguiendo en varios casos tu milicia,
Ahorrecí por darte la corona
Sus hechos, respetando su persona.

«Sola pasó, como afrentado digo,
Faltando quien sus prendas venerase,
Y en tanta gente el natural abrigo,
Que los helados miembros sepultase.
Apenas hubo un aparente amigo
Que en las exequias funebres florase,
Asiendo alguno el ataud del asa,
Por solo echarla de su misma casa.

«Los miseros cultores de los bueyes
Respetos naturales observaron,
Y aquí las santas y paternas leyes
La plebe y la nobleza profanaron.
¡Oh suerte miserable de los reyes,
Que tantos lisonjeros adoraron,
Y muerto el dueño, la impiedad procura
Cerrar en tan estrecha sepultura!

«Esta es aquella que reinó en Hesperia,
Decían los ingratos ciudadanos,
De plumas y armas general materia,
Teatro de ambiciosos cortesanos.
Hallaba en todos la infeliz miseria,
No amigos, sino bárbaros tiranos;
¿Quién vió jamás en tan penoso duelo
Faltar llorosos y sobrar consuelo?

«Cerró los ojos el humano engaño,
Opuesto á desventura semejante,
Y no cortó tan justo desengaño
Los tiernos pasos del lascivo amante.
Ni al torpe logró que inventó su daño,
Las cautas redes que tendió adelante,
Ni al litigante intrépido, molesto,
El lance injusto, que llevó á despecho.

«A nadie sus desdichas aprovechan,
Ni enfrena el mundo tan infame suerte,
Y ciegos todos la piedad desechan
Con duro brazo y resistencia fuerte.
Villanas almas al contento pechan,
Y ¿en qué region no descubrió la muerte
Haciendas, amistades y escarmientos,
Venciendo afectos y domando intentos?

«El ofendido cuerdo se recata,
Y su familia á su opinion se atreve;
Excesos muertos sin temor relata
Al mismo tiempo que llorarlos debe.
Herida le ofreció su patria ingrata
En su hospedaje, y sepultura breve
El moderado limite forzoso
Que dió á los muertos el comun reposo.

«Ni olores quiere, ni piadoso culto,
Ni mármoles bruñidos transparentes,
Ni ver llevar su respetado bulto
En los piadosos hombros de parientes,
Ni ver pedir el necesario indulto
Con voces lamentables y dolientes:
Solo pretende que le den por yerro
El vil sepulcro de un plebeyo entierro.

«Reiner, de la ciudad señor intruso,
Miró la ofensa, y á mandar atiende;
Del gran tesoro liberal dispuso,
Y hacerse rey con su caudal pretende.
Los viejos muros con que nace y vive,
A todo asiste, y recatado entiende
Que verá sus escuadras españolas
Cubrir los campos y oprimir las olas.

«Oye lisonjas, y engañado y libre,
Cubrieron de romanos la campaña,
Que el gran Pastor desde el sagrado Tibre
Arroja en odio del honor de España.
Sin miedo sale, que tu diestra vibre
El fatal pino, que corriendo baña
Francesa sangre, si escuadrones mueve,
Y ver los tuyos sin huir se atreve.

«Marchando viene á combatir resuelto,
Antes que el campo de Puzol le ganes;
Signen su paso diligente y suelto
Esguizos, sueños y alemanes,
Nobleza suma en escuadron revuelto,
De Nápoles y Francia los galanes,
Que entre delicias torpes se criaron,
Y el ocio con las armas castigaron.

«Animan ciegos su atrevida empresa
Ursino, Esforza, Arunco, Sanazaro,
Caldora, Continola, que profesa
Ser de sus lises singular amparo.
Tambien le sigue con igual promesa
El noble Paradino, ejemplo raro
De fe animosa y varonil constancia,
Fuerte ocasion de que se oponga Francia.

«Las armas naturales y extranjeras
Con máquinas y dadas compelen
Que sigan sus impróvidas banderas,
Haciendo que á tu imperio se rebelen.
Y el fin de sus astucias y quimeras,
Por mas que en tus ofensas se desvelen,
Será entregarte la ciudad, que agora
Respetas las mudanzas de Caldora.»

«¡Oh caso triste, oh merecida injuria!
Responde Alfonso con piadoso llanto:
¿Quién detendrá la vengativa furia
Del Padre celestial con ruego santo?
Que viese, quiso, la ofendida curia
De Nápoles turbada del espanto,
Vengando el cielo á Ladislao de Juana,
El mismo entierro que le dió su hermana.

«Efectos de la justa providencia
Descubren los castigos merecidos,
Y es vana, inútil, breve resistencia,
La ciega confusión de los sentidos;
Despierta en el engaño su clemencia
Los ánimos rebeldes y dormidos,
Y pone siempre con el mal ajeno
Al tibio espuelas y al gallardo freno.

«Salga el francés, y su poder desate
Mas gente y armas por el campo hesperio
Que ha visto el sol, llegándose al remate
Del nuestro y del antipoda hemisferio,
Y no será posible que dilate
Un solo paso su atrevido imperio
Librado en Paradino y Continola,
Cuando en Italia mi pendón tremola.

«No temo los aceros belicosos,
Que tantos enemigos multiplican,
Si opuestos á mis brazos vitoriosos
Injustas armas á seguir se aplican;
Que solo servirán los sediciosos,
Que tanto su derecho justifican,
En darle de engañarse un dulce modo,
Y hacer despues con que lo pierda todo.

«No solo yo por la razon peleo,
Ni solo á mi resiste su locura,
Ni vine persuadido del deseo,
Ni expuesto á la opinion y á la ventura:
El cielo me llamó, y al cielo creo;
El cielo la corona me asegura,
Y diéronme el derecho en que me fundo
Mi brazo, el cielo, la razon y el mundo.»

«Esto diciendo, por el campo suena
Un rumor diligente y repentino,
Que ni la muda suspensión le enfrena,
Ni el pasado silencio le previno.
El recatado vulgo desordena,
Calando al prado por hallar camino,
Y usando de la espuela y del azote,
Un heraldo francés llegaba al trote.

«La incierta gente gente le ciñó confusa,
Y el jóven sin tardanza caminaba;
El breve paso á la presteza acusa,
Que no camina al tiempo que volaba.
Cualquier estorbo y detención rehusa,
Hasta llegar adonde Alfonso estaba;
Llegó á la puerta de la tienda, y luego
Rompió el silencio del comun sosiego.

«Reiner, le dijo, invicto descendiente
De aquellos reyes, que sus nobles pares
La fe volvieron al turbado Oriente,
Rompiendo en Sion los perdidos altares,
Y del Jordan sagrado la corriente,
Que en vano llaman los vecinos mares,
Pasó tan libre, que sus aguas santas
Besar pudieran las divinas plantas.

«Te ruega, te aconseja, te amonesta
Que no discurras por Hesperia vago,
Haciendo siempre tu opresion molesta
Al triste reino tan violento estrago;
Que mires el trabajo que le cuesta
Sufrir á dos, que con injusto pago
Hacen, logrando el tímido hospedaje,
Daño á los campos, y al honor ultraje.

»No es culpa de los miserables que llame
 Por justos sucesores adoptivos
 Juana a los dos, y muerta se derrame
 Sangre inocente de inculpables vivos.
 Alfonso, teme que ofendida clame,
 Pues rompe con tan ásperos motivos
 En tierra del silencio las cadenas,
 La muda sangre que calló en las venas.
 »Y así, con justa lástima te pide
 Que libres el suceso de la guerra
 En solo un día, pues con esto impide
 El cierto fin de la oprimida tierra.
 Solo, con muchos ó con pocos, mide
 Igual palestra, que á ninguno encierra,
 Y en ella el que vencido se rindiere,
 Ni á Marte siga, ni reinar espere.
 «Dile á Reiner, Alfonso le responde,
 Que yo agradezco de su intento sano
 El medio y la piedad que corresponde
 Al pecho fiel de un capitán cristiano.
 Si, lo agradezco, aunque oculto escondo
 Pacífico designio de tirano,
 Y no hay temor, si al rústico recuerda,
 Que el pie la sierpe entre la flor le muerda.
 »Con larga guerra en trabajosos años,
 Llamado, descompuesto y rebatido,
 Callando agravios y sufriendo engaños,
 Ni obré quejoso, ni injurié ofendido.
 Venci esperando tan prolifos daños,
 Vístiose de otra suerte mi partido,
 Y á pesar del émulo que tengo,
 Lo mas del reino en posesión mantengo.
 »Reiner de los handidos sediciosos
 Y extrañas gentes escuadrones forma;
 Los muros que ocupaban animosos,
 Prostrados por mi gente los reforma.
 ¿Qué trances ó qué fines tan dudosos,
 Con dulces medios de piedad conforma?
 Qué tiene mas que su ambiciosa espada,
 Y ver en sí que no aventura nada?
 »Sin duda que te engañas, mensajero,
 Pues no es posible que Reiner se atreva
 A ver desnudo mi sangriento acero
 Y hacer conmigo de sus brazos prueba.
 Es cuerdo, y no insolente caballero,
 Y no es razon que tu ignorancia debauchera
 Ser culpa en él, y dierate el castigo,
 Si no aguardara su rigor contigo.
 »Sin armas, sin fatigas, sin heridas,
 De toda Hesperia desterrarlo intento,
 Que á precio injusto de inocentes vidas y
 Ninguno compra posesion de asiento.
 Victorias de sus dueños homicidas
 Son muertes con dorado sentimiento,
 Y cuando mas por su opinion se mueve,
 El cuerdo vence al loco que se atreve.
 No dijo mas, y el mensajero parte,
 No tan veloz como soberbio vino;
 La gente por el campo se reparte,
 Y Alfonso brevemente la previno.
 En tanto pues que se apareja Marte,
 Y el monte tiembla del rumor vecino,
 Llegaba Ansherto á una floresta verde,
 Que nunca el manto de sus flores pierde.
 Tan fresco, que á pesar del seco estío,
 El vario esmalte que su abril conserva,
 De alivos olmos escuadron sombrío,
 Del sol con dulce injuria le reserva.
 Recoge el prado un despenado río,
 En blanda cama de menuda yerba,
 Que en pago lisonjera dividia
 Con lento paso la corriente fria.
 En el florido albergue, de las hojas
 Vistiendo sus matices y colores,
 Cantan las aves amarillas, rojas
 Al cielo quejas, y á su luz amores.
 Mezclaba dulcemente sus congojas
 Con el robado aliento de las flores,
 Risueño y grave el apacible viento,
 Haciendo de las ramas instrumento,

Dejó el caballo, desciñó la espada,
 Y el fértil suelo presuroso mide,
 Dejándola en la yerba sepultada.
 El fuerte escudo con furor despide,
 Arroja al pie de un tronco la celada,
 Desata el peto, que molesto impide
 Al pecho que respire el fuego ardiente
 De amor y celos y temor de ausente.
 Suspenso y mudo, sin hallar descanso,
 El cuerpo entrega á la oprimida grama,
 Consigo mismo riguroso y manso,
 Marchita y seca la piadosa cama.
 El son del agua que formó un remanso,
 La voz se le figura que le llama
 De aquella ingrata que á Gerardo adora,
 Que amada ofende, y olvidada flora.
 Y viendo que le engaña su locura,
 Suspira triste la cabeza baja:
 Si mira el agua cristalina y pura,
 Por no entorpecerla, con dolor trabaja;
 Si ve del monte alegre la verdura,
 La dulce vista sin piedad ataja
 El mal que ofrece al abrasado seno,
 Memorias de los campos de Liseno.
 Lucha el amor con la tirana ofensa,
 Y entrambos vencen al perdido amante;
 Celoso quiere, cuando airado piensa,
 Que viste la ternura de diamante:
 No trata ya de prevenir defensa,
 Que no la tiene engano semejante,
 Pues son pesado sueño los desvelos,
 Amor la ofensa, y la venganza celos.
 «Oh tantas veces desdichado Ansherto!
 Dijo á la selva que le escucha atenta:
 El mal te llama de un agravio cierto,
 ¿Y vas con ruegos á vengar su afrenta?
 ¿Qué espera tu engañado desconcierto,
 Si el dueño injusto que matarte intenta
 Burlo tu amor, y tú que le acompaña,
 Celoso y loco tu dolor engaña?
 »Si á veces de Fenisa te defiendes,
 Con tu enemigo mismo te aconsejas,
 Y amante ciego remediar pretendes
 Agravios propios con ajenas quejas.
 Caminos varios engañado emprendes,
 Y el cierto y fácil sin buscarle dejas,
 Y estás tan loco, que á Fenisa pides
 El mismo bien que á tu desdicha impides.
 »¿Qué esperas, qué discurres, qué imaginas?
 Lo que otro deja, priva de sus fueros
 Tu noble libertad, y en sus ruinas,
 Ni ves temor ni desnudar aceros?
 ¿Amar lo aborrecido determinas,
 Y vives entre engaños lisonjeros,
 Viendo que aguardan venturosos brazos
 Lo que amas triste con infames lazos?
 »Tú fuiste quien del granadino moro,
 Vencidos los soberbios vencedores,
 Distes á su vega prodigo el tesoro,
 Emulacion alegre de sus flores.
 ¿Qué es de tu honor, tus fuerzas, tu decoro,
 Rendidos á tan frágiles amores?
 ¿Eres el mismo? No; mas si otro fueras,
 Menos desdicha y confusion tuvieras.
 Así ofendido y triste se quejaba,
 Cuando del monte el cóncavo sombrío
 Con paso diligente atravesaba
 Gerardo osado por llegar al río.
 Su noble amante hermosa acompañaba
 Laura gentil, que con sagaz desvío
 Entre el forzoso engaño divertía
 Memorias de su antigua compañía.
 Apenas el honor de Claramonte
 Descubre entre las ramas á Gerardo,
 Cuando oprimido el apacible monte
 Sintió medroso su furor gallardo.
 «Detente, que primero que tramonte
 El sol, le dijo, la venganza aguardo
 Del mas alevé pecho que de España
 Manchó el honor con insolente hazña

»Presto verás que de Fenisa ausente
 La justa queja y vergonzoso daño
 Halló piedad y brazo tan valiente,
 Que igualará al castigo de tu engaño.
 Ni llegará del sol la rubia frente
 A las postreras márgenes de el año,
 Primero que me venga desta ingrata,
 Que tú aborreces y de amor me mata.
 »Burló con dulce engaño mi locura,
 Que agora vengo con igual castigo,
 En tí, porque burlaste su hermosura,
 En ella infiel, porque fingió conmigo.
 Con esto mi palabra se asegura,
 Mi amor se venga en su mayor amigo,
 Su fama con tu vida se restaura,
 Y el mal que siento con quitarte á Laura.
 «Quitarme! dijo la gallarda dama:
 ¿Qué acero fuerte ó qué españoles brazos
 Harán crecer el número á la fama,
 Haciendo el nudo de mi honor pedazos?
 Del prado deja la florida cama,
 Liga el arnés con los usados lazos,
 Que si yo desarmada no viviera,
 Tu vida presto mi rigor sintiera.
 »Mas no lo quiere la desdicha mia
 Ni el noble pecho de mi dueño fuerte.
 «No, Laura hermosa, su campión decia,
 Que no merece tan dichosa muerte.
 Ansherto, bien conozco tu osadía,
 Y cuando fué forzoso conocerte,
 Siempre te vi, que por trabar batallas,
 Derecho y ley en los tiranos hallas.
 »Jamás me acobardaron ademanos
 Y mal fundadas vanas presunciones,
 Que obligan á soberbios capitanes
 Que venguen aparentes sinrazones;
 Ni han de librarte aceros catalanes
 Del gran peligro en que tu vida pones,
 Pues nunca en trance igual tu aliento viste
 En el campo de Urgel, donde naciste.
 »Si acaso sabes ó advertido piensas,
 Primero que al vivir, su curso impidas,
 Que ni reparo tienen sus ofensas,
 Ni vengarla podrás con muchas vidas;
 Encuentros buscas sin tener defensas,
 Y cuando las tuvieras prevenidas,
 Sin seso vienes, si arrojado quieres
 Vengar agravios y enmendar mujeres.
 Esto diciendo, del arzon asido
 Dejó la silla con presteza tanta,
 Que el movimiento apenas percibido
 Fue del contrario, que ligero espanta;
 Entre la verde yerba dividido
 Las sueltas piezas del arnés levanta,
 Y Ansherto mira con semblante fiero
 La nueva traza del cortes guerrero.
 Llevóle el peto, y con serena frente
 Ansherto le responde sosegado:
 «Presto verás que tu arrogancia siente
 Mi duro brazo por tu mal armado.
 «No te detengas, replicó el valiente
 Gerardo, porque ofende al verde prado
 El ver que con tu sangre no le riego,
 Y el cuerpo helado á su regazo entrego.
 Hizo, por mas que el catalán se ofenda,
 Que el yelmo enlance y que la espada ciña,
 Y porque no dilate la contienda,
 Discurre Ansherto la fatal campiña.
 Desata presto la revuelta rienda
 Del verde tronco, y del caballo alina
 La silla, que en sus vueltas se interpuso,
 Y la tez de las flores descompuso.
 Della en la silla con ligero salto
 La emulacion se puso de Tifeo,
 Y apenas sube, cuando muestra en alto
 La espada, ejecutando su deseo.
 Mas no causó temor el sobresalto
 Que pudo darle su feroz empleo,
 Pues ya sobre él, porque mejor le tope,
 Llegó Gerardo con audaz galope.

Por el siniestro lado le acomete,
 Y antes que Ansherto el rabican revuelva,
 Partiéndole la cresta del almete,
 Hizo que rojos los plumajes vuelva.
 Midió de los arzones el copete,
 Y vuelto en sí, primero que resuelva
 Gerardo el segundar con triste efeto,
 La dura pasta le rompió del peto.
 Sintió el gallardo morador del Turia
 El nuevo paso, que allanó el estoque,
 Y no aguardó con desigual injuria
 Que su vertida sangre le provoque.
 Revuelve presto con violenta furia,
 Y antes que el hierro en los ijares toque,
 Rompió del Catalan el fuerte pecho,
 El lado izquierdo y el arzon derecho.
 Y viendo derramar atravesado
 Su roja sangre por el campo verde,
 El impaciente Ansherto desangrado,
 Cobrando enojo la paciencia pierde.
 Volviendo con su afrenta aconsejado
 No quiso amor que de vivir se acuerde;
 Que estando entre desdichas oprimida,
 No hay cosa mas sobrada que la vida.
 Halló tan cerca á su enemigo fuerte,
 Que pudo luego, sin hallar defensa,
 Abrir camino á la vecina muerte,
 Y al recibido golpe recompensa;
 Mas no dejó que la venganza acierte
 La misma futia que le dió la ofensa;
 Y así, rompió de la cabeza y brazo
 Igual acero con igual pedazo.
 Segunda vez sin alentar repite
 El mismo golpe, que apresura en vano,
 Sin ser posible que Gerardo evite
 Que no le ofenda la soberbia mano.
 Hizo que el pomo martillando quite
 Al otro lado, por su mal cercano,
 De espalda y brazo la defensa amiga,
 Que al prado entrega con mortal fatiga.
 Gerardo, asido á la amistad del freno,
 Perdiendo de sus armas el amparo,
 Soberbio intenta, de verguenza lleno,
 Que el duro estrago le saliese caro.
 Llevó la punta encaminada al seno,
 Y hallando de las armas el reparo,
 Volvió de filo, y procuró la enmienda
 Cortando un tajo á la vecina rienda.
 Parte el ligero rabican corriendo,
 Negando la debida servidumbre;
 Aquí y allí revuelve discurrendo,
 Perdida en todo su leal costumbre.
 Tal vez al hondo valle descendiendo,
 Y tal buscando la selvosa cumbre,
 Por mas que con la mano y con la espada
 Enderezarle quiere á la estacada.
 Gerardo en ella venedor aguarda,
 Y Laura, que mirando le socorre,
 Maldice á la tiniebla que se tarda,
 La sangre viendo que en el campo corre.
 Este recelo vano la acobarda,
 Y osa la teme que tardando borre
 El justo honor de el vencedor gallardo,
 Perdiéndose la vida de Gerardo.
 En esto á pie por la estacada viene
 El hijo de Aglansol, corriendo apriesa
 Diciéndole: «¿qué asombro te detiene,
 Si eres guerrero; y de vivir te pesa?
 Baja, y soltando tu cursier, mantiene
 El trato vil que tu ambicion profesa;
 Que no por que las riendas me cortaste,
 Hacer pudiste que el castigo baste.»
 «Si acaso quieres aguardar un poco,
 Dijo Gerardo, á tu insolente ruego
 Daré el castigo que merece un loco
 Exceso, descortes, errado y ciego.
 Mi justa gloria vencedor apoco,
 Si tu atrevida peticion te niego.
 Esto diciendo, con ligera vuelta
 La yerba pisa, y el caballo suelta.

Sintióle apenas la florida espalda
Del monte, cuando descendió á la vega
Corriendo un caballero por su falda,
Que en breve espacio á los guerreros llega.
De Ansherto reconoce la guinalda,
Divisa antigua que el amor le niega;
Las negras bandadas de Gerardo mira,
Y así les dice cuando mas suspira.

«En buen lugar y con gentil motivo,
Sois de la fama singular materia,
Quedando cada cual apenas vivo,
Tenido en sangre con igual miseria;
En tiempo que Reiner, soberbio, altivo,
Tirano, quiere de la antigua Hesperia
Lograr los campos y oprimir las olas,
Con mengua de las armas españolas;

«Cuando del Quinto Alfonso las banderas,
Las bandadas rojas y las cruces santas,
Los fuertes brazos y sus armas fieras,
Respeto y miedo de naciones tantas,
Destierran de sus montes y riberas
Las lises de oro y extranjeras plantas,
¿Verteis la sangre en margen extranjero,
A pesar de la malla y del acero?

«Tiempo es agora de teñir las flores
Y dar las honras por venganzas viles,
Trocar la guerra por reñir amores
Dejándola por causas femeniles,
De hacer en la campaña ejecutores
De enojos envidiosos y civiles
Los duros brazos, que pudieran solos
Poner las bandadas en entrambos polos?

«De opulentos despojos abundantes,
Y de gloriosos lauros coronados,
A España volveréis, ciegos amantes,
Con las victorias mismas afrentados.
Así de las bengalas y turbantes,
Entre vistosas plumas enlazados,
Hicieron, no de plata, sus tesoros,
Vuestros abuelos de los reyes moros.

«Vencida esta liviana competencia
Con mas honor en tanto desconcierto,
Por tí, Gerardo, quedará Valencia,
Y Cataluña ilustre por Ansherto.
¡Oh amor, oh celos! infernal dolencia
Que turbas la quietud deste desierto;
Por tí se olvidan, ¡oh terrible hazana!
Tan nobles hijos de su madre España!»

Dijo, y calló, porque suspensa al punto
Quedó la gran batalla intempestiva;
Conocen á Florel, partiendo junto
El sol que de los montes se derriba.
Forzados dejan el celoso asunto;
Venció el honor á la ocasion que priva
Del seso al que con vanos intereses
Burló la edad en sus dorados meses.

Florel de Ansherto y Laura de su amante
La sangre toman, las heridas ligan,
Y al humo que descubren adelante,
Atentos caminando se fatigan.
Al monte mas ríscoso y arrogante
Las negras alas de la noche obligan
Que en ellos pierda el sol de su jornada
Las claras prendas de la luz pasada.

Llegaron de la sombra acompañados,
Y siendo de su dueño recibidos,
Dieron en blanda pluma sepultados
Tregua al dolor y engano á los sentidos.
Volviendo el sol á refozar los prados,
Despiertan á los pájaros dormidos
Los frescos aires con que baja ufana
Coronada de flores la mañana.

Por una quiebra de la opuesta sierra
Que mira de los campos de Pelosa,
El verde manto de su fértil tierra,
En opulentas mieses poderosa,
Rumor confuso de importuna guerra
Retumba en la distancia cavernosa,
Dejando presto el capitán de España
De lises de oro llena la campaña.

Apenas miden el armado suelo,
Cuando tan fuertemente los embisten,
Que honor y miedo con sagaz recelo
El duro impulso por su mal resisten.
Cual snele airado desatar el cielo
Ardientes rayos que de lustre vistien
El aire y los opuestos horizontes,
Rompiendo nubes y abrasando montes;

Así de Alfonso los guerreros fuertes
Reciben los franceses escuadrones
Con duros golpes, con sangrientas muertes,
Con mengua de sus armas y campiones.
No vió perdido las trocadas suertes,
Llorando Varo el fin de sus legiones
Con tal dolor, como Reiner miraba
Lo poco que su esfuerzo aprovechaba.

Embiste la batalla por la parte
Que vió la resistencia con aliento;
Fuerzas la influnden su valor y Marte,
Y el daño su atrevido movimiento.
De Esforza luego y Armengol desparte
La igual batalla con mostrar sediento
De ajeña sangre el filo, que bañado
Dejó en la suya el montañés soldado.

Pasóle el pecho, y con ligera vuelta
De Artal valiente, que su fuerza impide,
La dura frente en el acero envuelta,
De los distantes hombros le divide.
Trabó de nuevo la fatal revuelta
De opuestas armas, y soberbio mide
El ancho campo, en que sus lises halla
Rendidas al furor de la batalla.

Así gallardo el Paladín discurre,
Y apenas llega del combate al centro,
Cuando con Pedro vencedor concurre,
Que osado y fuerte le salió al encuentro.
Detuvo el brazo, y al honor recurre,
Que aviva el paso, levantando dentro
Del noble pecho un fuego vergonzoso
Que abrasa y culpa su mental reposo.

Movió las tardas plantas tan violento,
Y al gran Alfonso se juntó de suerte,
Que pudo en el peligro de su aliento
Guardar la vida y detener la muerte.
Vuelo tomar no pudo el movimiento,
Y la distancia impide que le acierte,
Aunque cortó las alas del plumaje,
Y en la dorada cresta el homenaje.

Maldiga el cielo y con razon maldiga
La fugitiva tropa de caballos
Que entre ellos pasa, y á Reiner obliga
Que escape entre sus últimos vasallos.
Aquí de Alfonso la mortal fatiga
Tuviere fin, pudiendo sujetallos
El brazo fiel, que sin hallar recurso,
Quedó suspenso en la mitad del curso.

Desmaya en todas partes la contienda,
Y al monte los franceses se avencinan;
No hay golpe que con riesgo los ofenda,
Ni á vencer ni á morir se determinan.
Ninguno sabe qué remedio emprenda,
Y para huir al paso que imaginan,
Se aplica al miedo, que el peligro siente
Del caso vil, la espuela diligente.

Los aires rompe con soberbio estruendo
El grito vencedor, y las cavernas
Del duro monte vuelven, repitiendo
Alegres voces y querellas tiernas.
La sangre por el campo discurriendo,
Se muestra entre cabezas, brazos, piernas,
Y en ellas ya sin ella detenida,
Con breve impulso la pasada vida.

Impide el vencimiento la codicia
Del justo premio que ofreció la guerra
A la severa ley de la milicia,
Que dos fortunas por igual encierra.
Ya la francesa gente desperdicia
Despojos voluntarios por la tierra,
Cual snele el joven tímido que escapa
Dejar al toro, por huir, la capa.

Paró el alcance, la vitoria para,
Y Alfonso, satisfecho y ofendido,
Mostró al suceso favorable cara,
Del corto vencimiento detenido.
A las debidas gracias se prepara
Con públicos aplausos y ruido,
Y el sonoro metal que los celebra
Del vago espacio los cristales quiebra.

CANTO VI.

ARGUMENTO.

De Alcimedonta llega á la morada
Fenisa, y un anillo de su encanto
Le da la Maga. En una noche helada
Conoce entre las quejas y el espanto
Reiner á Paradiso, y su jornada
Siguiendo á Bari, piden entre tanto
Norberto y Florishel la bella Arminda.
No espera Alfonso Ambersa que se riada.

Apenas á los montes la mañana
Que el sol recuerda con su llanto avisa,
Y el argentado rostro de Diana
Ni el mar retrata ni su luz divisa,
Cuando descubre entre la selva cana
A aquella antigua máquina Fenisa,
Del que engañando el aire trujo á Cúmas
Seguro vuelo con ajenas plumas.

Vió la eminente y rara pesadumbre
Que con soberbia altiva se oponia
Del pardo monte á la vecina cumbre,
Primer testigo de que nace el día.
Entró en el templo, descubrió la lumbre
Que por la estrecha boca parecia,
Y en tanto entrega su caballo al heno
El siervo fugitivo de Liseno.

Amor que se detenga no consiente,
Mirando la excelente arquitectura
En el tributo palido de Oriente,
Que las columnas altas asegura,
Y que sucesos muertos represente,
Como si vivos fueran, la pintura;
Que mas estima amor sus glorias fieles,
Que partos de buriles y pinceles.

Pisó dudando la medrosa eneva,
Mas no rehusa su ignorado centro,
Y el desmayado esfuerzo que la lleva
Fingidos casos le figura dentro.
Aliento cobra, el animo renueva,
Cuando la Maga le salió al encuentro,
Y con la breve luz, al mismo punto,
Pudieron verse y admirarse junto.

Fué tal su admiracion, que se juzgaron
Por las fingidas barbaras deidades
A cuyo honor altares consagraron
Con vanas ilusiones las edades.
El nativo silencio les hurtaron
A las vecinas mudas soledades,
Y en cada cual para el silencio lidian
Lo mucho que se espantan y se envidian.

Rompió la desterrada de Toledo
Del recíproco nudo las prisiones,
Y forma libre del confuso miedo
O quejas, ó suspiros, ó razones.
Y entre ellas dice: «Si moverte puedo,
Y al justo llanto la piedad dispones,
Escucha mis engaños y portias,
Agenas culpas y desdichas mias.

«Yo soy, si tiene ser, la desdichada
Que vive de sus padres fugitiva,
A eternas sinrazones condenada,
Con celos muerta y con engaños viva.
Dejó del Tajo el agua celebrada,
Que de la antigua Cuenca se deriva
Y de mi patria intenta, cuando llega,
Cenir los muros y enlazar la vega.

«Lloré mis males, desdichada, á solas,
En montes, campos, selvas y riberas;
Dejé las dulces playas españolas
Bañadas con mis lágrimas postreras.
Fieme á la soberbia de las olas
En una débil junta de maderas,
Que hinchiendo el seno del opuesto lino,
La lleva el viento sin dejar camino.

«Sigo á Gerardo, burlador amante,
Fenisa sin ventura, que procuro...»
«No pases con tus quejas adelante,
Le dijo Alcimedonta, que te juro
Por la espaciosa máquina que Atlante
Sustenta del eterno y fuerte muro,
De poner dulce fin á tus querellas
Antes que llame el sol á las estrellas.

«Bien sé, le dice, la ocasion molesta
Que así te fuerza á lamentar conmigo
Que en una ardiente y dilatada siesta,
Por larga narracion de tu enemigo,
Su traza supe, por tu mal dispuesta,
Tu ciego amor, su engaño, tu castigo,
Su fe perjura, tu abrasado pecho
Su injusto robo y tu burlado lecho.

«Aquí de Laura favorables celos
A luz sacaron tu pasada historia;
Testigos fueron los hermosos cielos
Del muerto amor y la pasada gloria.
Aquí se aseguraron sus recelos
Con esta prenda fiel de tu memoria,
Con este anillo, que el remedio alcanza
Para ser sin desdicha y tu venganza.

«Conócesle, Fenisa?» «Si», responde,
Sin saber si responde ó si pregunta,
Si ignora ó sabe lo que mira, y donde
Oye su mal, ni viva ni difunta.
A lo que fué, lo dicho corresponde,
Y no al dolor que los extremos junta,
Porque si queda al sentimiento viva,
El dolor mismo de vivir la priva.

«Cese, dijo la Maga, el fácil ruego,
Que yo pondré tal fuerza en esta prenda,
Que al mismo tiempo que penetre el fuego,
Huir de mí por su region emprenda;
Tú le verás tan abrasado y ciego,
Que al justo daño tirarás la rienda,
Y deste vencimiento en los despojos,
Tendrán materia de piedad tus ojos.»

Esto diciendo, con furor invoca
Los negros moradores del averno,
Y con el dulce aliento de la boca
Mezcló los nombres que hospedó el infierno.
A triste miedo y confusion provoca
La obscura casa del castigo eterno;
Tembló la cueva y el altar de plata
Con la funesta turba que desata.

Las primeras coronas del segundo
Sobre ligeras grifos caminaron,
Y las que ocupan el lugar profundo
Su vuelo sobre ternas igualaron;
Otras que adora la deidad del mundo,
De flores sus leones coronaron,
Y saben con industria sus autores
Matar con uñas y halagar con flores.

El ocio infame colocó su asiento
Sobre doradas plumas y vistosas,
No en crespó cuello de animal exento,
Que vive las montañas cavernosas;
De la ambicion los ídolos de viento
Vinieron en quimeras fabulosas,
Que como en él sus máquinas desvelan,
Todos al fin sobre quimeras vuelan.

La vana presuncion de los poetas
Con cisnes trujo el carro que compuso,
De versos duros y contrarias setas,
Hijas del vulgo bárbaro y confuso.
Las voces destes cisnes imperfectas
Admira la ignorancia, aprueba el uso,
Porque hay en todos siglos, y no pocos,
Aplausos necios y aplaudidos locos.

De torpes bestias sobre cueros pardos
Luego se vió el espíritu lascivo,
Que el lento paso de animales tardos,
Hace volar con impetu mas vivo.
Vinieron otros principes gallardos,
Que injustos rigen con dominio altivo,
La adulacion, el odio, la porfia,
La envidia, la traicion, la simonia.

En breve espacio les propuso el caso,
Y el padre universal de la mentira,
Que en la region del infernal ocaso
Soberbia y fuego sin piedad respira,
Tomó el anillo, y alargando el paso,
La obscura junta por el aire gira,
Y hablados los propincuos y remotos,
Tomó de todos los conformes votos.

Volvió la prenda á la animosa Maga,
Y en ella impreso tan mortal veneno,
Que con la vida el triste satisfaga,
Si el propio deja por amor ajeno.
La turba en esto, divertida y vaga,
Rompiendo el aire plácido y sereno,
Dejó la cueva, y con tremendo grito
Del negro reino penetró el distrito.

Quien de Fenisa el miedo relatará,
Contar pudiera luego su contenido,
Que alegre vuelve á la robada cara
La sangre con risueño movimiento.
No en las visiones trágicas repara,
Sino en la dulce proclacion del viento,
En que escuchó, sin voces naturales,
El natural remedio de sus males.

En esto, Alcimedonta, sacudiendo
El infernal espíritu que tuvo
En la region del alma presidiendo
Cuando el abismo su poder detuvo,
Y al brazo el rojo manto revolviendo,
Así gozosa del suceso estuvo,
Que dió á Fenisa con estrechos lazos
Alegres nuevas y amorosos brazos.

«Aqueste anillo á tu belleza entregan,
Dijo, mi amor, mi fuerza y mi ventura,
Forzosa prenda, si tus ojos niegan
Lo que mandar pudiera tu hermosura.
Si ves que dulces y gallardos ciegan
Al que miró su luz divina y pura,
Mata sin mí, con apacible llanto,
Con fuertes rayos y amoroso encanto.

«Alegre parte, pues el hado diestro
Conspira tu beldad con mi potencia,
Y en esta prenda del encanto nuestro
La ley que apenas halla resistencia;
Y en fe de mi poder y el amor nuestro,
Verás cómo sujeto á tu clemencia
Gerardo rinde el seso á los rigores,
Por mí de penas, y por tí de amores.

«Cerca del campo, donde Alfonso agora
De Ambersa oprime los cansados muros,
En un estrecho valle, donde Flora
Vistió de rosas los cristales puros,
Verás á Laura, que Gerardo adora,
Con su engañado dueño; tan seguros,
Que baje aguardan á la tierra el día,
Y en tí su noche mi deidad envía.

«¿Qué gracias, le responde arrodillada,
Serán de tanto bien la recompensa?
Permítame el cielo; ¡oh niña! que adorada
Jamás prevergas á tu amor defensa.
En tu hermosura al tiempo consagrada,
Hacer no intente la vejez ofensa.
Y tu poder, sin que tu daño evites,
En ajenas desgracias acredites.»

Esto diciendo, levantóse aparte,
Y en los amigos brazos la suspende,
Y dulce risa pródigo reparte
El nuevo fuego que su pecho enciende;
Y dispuesta á vencer, alegre parte
La empresa juntos y el camino emprende,
Sin alas vuela, y lleva satisfechas
De honor las plúmas, y de amor las flechas.

En tanto pues que su camino sigue
Y el sol las sombras al morir dilata,
Bañando, porque el sueño le persigue,
Las rubias trenzas en cristal y plata,
Reiner, temiendo que á morir le obligue
Su injusta suerte, por las riendas ata
A un verde prado su caballo, y luego
Suspira quejas y respira fuego.

Suspension dice: «¡Oh campos de Pelosa!
Robad las lises, que en cobraros tardo.
¿Quién templará mi afrenta lastimosa,
Si en noble fuego de venganzas ardo?
No aquesta vega fértil y espaciosa,
Ni ver el agua despenada aguardo,
Que procurando alegre entretenerme,
En piedras grita, y en arenas duermo.»

«No los altivos árboles sombríos,
Que forman deste monte la espesura
Sus verdes senos y penascos fríos,
Que en valde Apolo descubrir procura,
Testigos sobran á los males míos,
Y falta quien remedie mi locura,
Que en mal de honor cualquier remedio sobra,
Y honor perdido con honor se cobra.»

«De Nápoles obtuve la corona,
Que agora busca peregrinas sienas;
La misma empresa mi valor abona,
Pues no avergüenzan los perdidos bienes,
Osar morir por mérito pregona
La antigua fama, que sufrir vaivenes
Es de quien pisa la soberbia rueda,
Que solo tienen desvalidos queda.»

«¿Qué miedo vergozoso me acobarda?
Qué sombra vana el corazón oprime?
Espera un bien, que pesar ofrece
Y al grave peso del suceso gime.
De injustas manos por su mal guarda
Honor debido, que á morir le anime,
Porque es el bien que alcanza al desdichado,
Tirano breve con rigor doblado.»

«Muéstrame el sol en montes y desiertos
Preñadas nubes, que en los campos viente
La obscura noche mis amigos muertos,
Memorias tristes de mi amarga muerte;
Fatiga bosques lóbregos, inciertos,
Este caballo generoso y fuerte,
Hallando siempre en estas selvas rudas
Los prados secos, y las fuentes mudas.»

«A Bari mi desdicha me encamina,
Seguro en fe de su constante dueño;
Rey me llamó, y á restaurar me inclina
De su palabra misma el desempeño.
Tiende en los altos montes la cortina
Obscura madre del forzoso sueño,
Que al son deste cristal dormido y tardo,
Que vuelva el sol á mi tristeza aguardo.»

«Abraza tu silencio mis pesares,
Y velen todos en perpetua guerra;
El viento aduerma los cansados mares,
Y negras sombras la ambiciosa tierra;
Engañen tus quimeras los cantares
Del que engañado su temor destierra,
Que yo procuro alivio á mis congojas
Al blando son de las templadas hojas.»

Apenas á las puertas del sentido
Tocó del sueño la piadosa mano,
Cuando sintió del monte en lo escondido
Confusas quejas de dolor humano.
Sentóse presto, y aplicó el oído
Al diestro lado que formaba un llano,
Porque de allí la confusion del viento
En breves voces desató el lamento.

La admiración, la noche, su desvelo
Potencias y sentidos ofuscaron;
Cesó el rumor, y no formó el recelo
Aquellas mismas voces que escucharon.
Llegó el oído al agostado suelo,
Por ver si en su dureza le formaron
La voz y el viento la noticia cierta,
Que el aire vagamente desconcierta

Por mas que atiende y prevenido escucha,
Ni el aire mismo con las ramas juega;
Vuelve del sueño á la confusa lucha,
Que tiernos brazos al cansancio niega.
No fué la injusta resistencia mucha,
Cuando el cansado cuerpo les entrega,
Y el viento, á su atencion mudo y prolijo,
Calló las quejas que Reiner le dijo.

No tan furiosa salta de la cama
Fiera que siente repentina herida
Del brazo experto que ocultó la rama,
Defensa natural del homicida,
Como el Francés, juzgando que le llama
La voz dichosamente inadvertida;
En pie se puso, y el camino prueba,
Donde parece que la voz le lleva.

Ligado deja su caballo al pino,
Y á requerir el bosque se resuelve;
Los árboles le impiden el camino,
Y atrás forzado de su encuentro vuelve.
Repara un poco, mejorando el tino,
Y al diestro lado sin temor revuelve;
La mano tiende diligente en vano,
Que halló la frente lo que erró la mano.

Si alguna luz cobarde centellea
De breve estrella en su distancia brusca,
El negro bosque impide que se vea,
Y al mismo horror con su tiniebla ofusca.
No sabe si es ficcion lo que desea
O sueño vano el término que busca;
Paró dudoso de su empresa vana,
Llamando con suspiros la mañana.

Tendióse al pie de un sauce que guarnece
Del crespo monte la vecina falda,
Y en ella alivio á su pesar ofrece
De las húndosas ramas la guirnalda.
El sueño mengua, y el cuidado crece,
Y apenas siente la robusta espalda
El tronco, cuando á sus orejas suena:
«Por tí el honor acaba de Lorena.»

«Saltó ligero, y aplicó el discurso
Reiner á las palabras que escuchaba;
Partió admirado con dudoso curso
Donde la voz confusa le llevaba.
El tiento hallaba natural recuerdo
En los vestidos leños que topaba,
Y de uno en otro á un caballero llega,
Que herido y solo se hospedó en la vega.»

El lastimado joven le descubre,
Y en pie se puso con presteza tanta,
Que del esendo rígido se cubre,
Y al paso del que viene se adelanta.
Viendo que el rostro presuroso encubre
Y el fiero estoque sin presión levanta,
«Detente, dijo, que ayudarte quiero,
Y no probar los filos del acero.»

«Con quejas tiernas y lamento triste,
Venciendo de la noche la inclemencia,
Aqui, guerrero noble, me trujiste
Para remedio fiel de tu dolencia.
Si honrado sientes que el honor perdiste
Si pobre tu fortuna, ten paciencia,
Que yo perdiendo un reino en mis porfias,
Consuelo á todos con desdichas mias.»

«Si estás acaso, caballero, herido
De airada mano de rival gallardo,
Y verte satisfecho y defendido
Esperas triste como yo lo aguardo.
Tambien aliento de tu mal he sido,
Que en viles celos y en desdichas ardo;
Mas no es posible, que en amores toca
Quien llora males y á Reiner invoca.»

«Defensa y gloria de las lises de oro,
Le dice Paradino arrodillado,
Por tu defensa justa y tu decoro
Bañe de sangre de Pelosa el prado.
Expuesto al curso de un caballo moro,
Llegué, mejor herido que curado,
Aqui, donde prosigue tus ofrendas
Mi sangre sin respeto de las vendas.»

«¡Oh Paradino amigo! le decía
Reiner, y entre los brazos le suspende.
¿Quién si no tú de la fortuna mia
Seguir el paso desdichado emprende?
Espera, que tu sangre y su porfia
Con fuertes lazos te corrija y vende,
Y al son reposa deste aliento manso,
Que en vez de sueño nos dará descanso.»

«Ya baja por la falda deste monte
El primer resplandor de la mañana,
Y fugitiva busca el horizonte
La obscura sombra perezosa y vana;
Y antes que Apolo por el mar tramonte
Y rayos cambie con la espuma anciana,
Partir á Bari nos será forzoso,
Por dar á tanto mal cualquier reposo.»

Así le dijo, y diligente parte,
Y el villano Coursier libre desata;
Trabadas ramas al pasar desparte,
Y sus ganchosos lazos desbarata.
Ligero vuelve, y el herido Marte
Seguir sus pasos en su alarbe trata,
Y sin camino ó senda, á su albedrio,
Pisando van las márgenes de un rio.

Pasaron memorables aventuras,
Trabajos nunca vistos ni temidos
En sierras, en desiertos y espesuras,
Sin ser de ajena industria socorridos.
Al fin, entre unos lazos de verduras
De los pasados meses, ofendidos
De Bari las murallas descubrieron,
Y al sol dorando sus almenas vieron.

Llegaron á la puerta, y rodeados
Del vulgo, que los mira y acompaña,
Fueron con nuevo estrépito llevados
De una estacada fiera á la campaña;
Donde en teatros públicos sentados,
Mirando están un capitán de España,
Que al ronco son del belicoso Marte
El campo con la luz divide y parte.

Creían los que vieron los guerreros
Que fueran generosos combatientes,
Y dieran al rigor de sus aceros
Sucesos nobles y ánimos ardientes.
Levántase un rumor en los primeros,
Y sin tardar, con pasos diligentes,
Llegó de Bari el duque, que pregunta
La dudosa ocasion de aquella junta.

Sentado estaba en el metal que cria
La patria perseguida y abundante,
Y de brocado espléndido vestia
La ropa dilatada y rozagante,
Haciendo que su alivia pedrería
Entre enroscados lazos se levante,
Donde del hombro al brazo se divide,
Y el pelo rizo desatado mide.

El caso fué que Florisbel robusto,
Guerrero fuerte y capitán famoso,
Del duque Antonio prisionero injusto,
Por llamarse de Arminda fiel esposo,
Armado sale (á cuyo altivo gusto
Sujeto estaba el Duque generoso,
Su primo el Duque, con mortal empeño,
Ni amado primo, ni estimado dueño).

Cantaba sus prisiones vencedoras
El Español al son de las cadenas,
Sus blandas quejas y felices horas,
Sus dulces yerros y atrevidas penas.
Al fin las tiernas glorias voladoras,
Que en el perdido bien eran sirenas,
Tuvieron fin, y sin perder la vida,
Llegó su amarga y triste despedida.

Salió forzado al fin de las prisiones,
Mas no de las que fueron voluntarias,
Llorando sus medrosos corazones
Promesas y sospechas ordinarias.
Los hierros de unas rejas y balcones
Que enlazan atrevidas y volarias
Soberbias hiedras, los testigos fueron
De las juradas prendas que se dieron.

Suya juró de ser la bella Arminda;
Lo mismo el noble capitán promete,
Y dar la vuelta, aunque el aliento rinda,
Sin desnudar la gola y el almete.
Tendía el sol, que con el mar aliada,
Sobre las canas ondas el copete,
No siendo con sus trenzas de oro errantes
La vez primera que divide amantes.

Rogaba el Duque poderoso y ciego,
Y Arminda enamorada le resiste;
Finezas llora y acredita el ruego;
Humilde prueba, y engañado insiste.
Montes de nieve desataba el fuego,
Inútil medio que su pecho embiste;
Y como ajeno fuego Arminda encierra,
Mal con un fuego el otro se destierra.

Viendo de su esperanza el devaneo,
Su mucho amor a la venganza inclina,
Y á dar violento fin á su deseo,
Y esposo fiero á la beldad divina.
Pregona que por armas en trofeo
Dar á la bella Arminda determina,
Que como dueño propio la posea,
Si noble fuere, aunque extranjero sea.

Con esto le parece que Norberto,
De Arminda sumamente aborrecido,
Por ser en armas capitán experto,
Será, á pesar de todos, su marido.
Era alemán, agigantado y tuerto,
Feo, grosero, rústico, atrevido,
Sugeto vil, que la belleza inflama
A horror y burla de la hermosa dama.

¿Qué es esto amor, ó qué venganza es esta?
Amor desengañado y vengativo,
La muerte buscas, que tu vida cuesta,
Y solo estás para desdichas vivo.
Si humilde arrastras la prisión molesta,
¿No ves que son venganzas de cautivo?
Que hacer al dueño resistencia fuerte,
En tu castigo mismo se convierte.

En Bari se pusieron los carteles,
Y en toda la Calabria se fijaron;
Antiguos caballeros y noveles
De atrevimiento y armas se adornaron;
Las vencedoras sienes de laureles
Con vanas presunciones coronaron,
Y el soberbio alemán aguarda solo
Que cuatro casas visitase Apolo.

La hermosa desdichada, que lamenta
Su amargo fin con atrevida pluma,
Al dueño ausente su tragedia cuenta,
Haciendo de sus males breve suma.
Sobre ligeras alas de su afrenta
Pasó cortando la escarchada bruma
De la Apenina cumbre, en que desata
Abril matices, y diciembre plata.

Llegó volando la enemiga nueva,
Y la forzosa vuelta se dispuso;
Repite airado la ordinaria prueba
Del riguroso acero que compuso.
Tal ligereza vengativa lleva,
Que el mismo día en la estacada puso
Su acero, asombro de las lises santas,
Antes que el alba sus doradas plantas.

Aquí llegaba la marcial palestra,
Llorando Arminda en tan estrechos puntos
Su vida, cuando con alegre muestra,
Sin dar Reiner de su dolor barruntos,
Airoso saca la soberbia diestra,
Y alzando el brazo y la visera juntos,
Descubre entre los pernos á pedazos
Matices rojos entre crespos lazos.

Caldora le conoce, y le recibe
Aprieta, mas con grave diligencia,
Sin que el teatro público le prive
De hacerle su debida reverencia.
Suben al gran palacio, que apercebe
Con respetosa y pródiga opulencia
El cuidado servil, que estos cuidados
La majestad resigna en los criados.

En tanto pues que el aparato suena
Y la soberbia mesa se dispone,
Y la pared de sus vajillas llena,
De plata y oro la ambición compone,
Y la apacible música, que suena
Dulce al oír, templando se le oprime;
Pide á Reiner el Duque que le cuente
El mal que mira, y el dolor que siente.

Llegaba ya de la celeste cumbre
A la mitad el sol de su jornada,
Y rayos de oro entre la roja lumbre
Flechaba su madeja desatada,
Cuando con rica y pródiga costumbre,
La deliciosa mesa preparada,
Al huésped llama, descogiendo en oro
De varios elementos el tesoro.

La tierra agradecida, les envía
Temidos y piadosos animales;
El aire, cuantas aves á porfía
Vagan por él con vuelos desiguales.
El ancho mar cuanto produce y cria
En la inculta región de sus cristales,
Y el fuego les ofrece sazonados,
Fieras, rebaños, aves y pescados.

Dieron los pardos árboles enjutos
Dulces ofrendas, pálidas y rojas,
Robando el negro invierno á sus tributos
El natural abrigo de las hojas.
También la industria le ofreció los frutos,
Que en pajas guarda débiles y flojas,
Y otros que adornan, á pesar del viento,
El techo de su rústico aposento.

Copiosas Ceres de sus ricas mieses
Dió las espigas, que entre varias flores
Trocar pudieran los dorados meses
En plata á los sedientos labradores,
En cestos, que enlazando sus reveses
Esmaltes diferentes en colores,
Segunda vez se conocieron solas,
En campos de azucenas y amapolas.

Mostraba la vajilla entre relieves
Piedras que el fudo descubrió en su orilla,
Distintos lazos y celajes breves,
Del oro entretallada maravilla.
Señala en partes con rasguños breves
Dudosos léjos, que confuso brilla,
Y en otras el buril, claras y puras,
De parecidos bultos las figuras.

El vino, levantando blanca espuma,
Discurre vagamente por las copas,
Y antes que dulcemente se consuma,
Le vierten despenado por las ropas.
No aguarda que descuido se presume
El fiel cuidado de sirvientes tropas;
Los mas sin miedo que al licor se rindan,
Alegres hablan, y atrevidos brindan.

De la vestida sala en los rincones,
Blandas y dulces voces se levantan,
Que al son de cornamutas y bajones,
A pausas callan, y á compases cantan.
Tal vez resuenan graves los violones,
Con otros instrumentos que discantan;
Otra enmudecen, y el silencio mudo
Unir las cuerdas y las voces pudo.

Solo ocupó Reiner la cabecera,
La diestra silla el noble Paradiso,
De el otro lado el Duque la primera,
Que dar al huésped la mejor convino;
Y viendo que la mesa persevera,
La noche apresurando su camino
A los opuestos rojos horizontes,
Vistió de sombras los desnudos montes.

Cansados dejan la prolija fiesta,
Y ocupan prestos los amigos lechos,
Por ver del sueño en la invasión molesta,
Los miembros fatigados, satisfechos.
En una cuadro espléndida y compuesta
De varias luces, coronada á trechos,
Al huésped muestra su conforme llama,
En blandas plumas apacible cama.

Era de blanca tela, sobrepuestos
Matices varios, que en labor conforman,
Y en vez de sombras, con destreza puestos,
Descubren lazos, y relieves forman.
Sobre tapetes pérsicos compuestos,
De tal labor, que solo desconforman,
No sin envidia de la aguja hesperia,
En ser tan diferente la materia.

Daba en el techo lúcidos espejos
De las vislumbres ricas el retorno,
Pendiendo en lazos, y en cambiantes léjos,
Racimos de oro, que descuelgan en torno.
Volvia con reciprocos reflejos
De las paredes bellas el adorno,
La misma luz que el techo les reparte,
Mintiendo el día con engaño el arte.

Reiner, que por las sierras Apeninas
Sintió el rigor de la erizada nieve,
Que en vasos de sus venas cristalinas
En agua el prado desatada bebe;
Descansa entre delicias peregrinas,
Y ocioso paga lo que al sueño debe,
Hasta que vuelva á ver la luz dorada
De Arminda la batalla comenzada.

Durmió la noche, y el mayor planeta
Vistiendo el alba de cristal y grana,
Salio pisando la región quieta,
Al paso que le adiestra la mañana,
Cuando de Alfonso la fatal trompeta,
De Ambersa la oprimida barbacaña,
Que humilde rinda la soberbia pide,
Con el severo aliento que despidie.

Aun no la vista que la luz engaña,
Del campo las colores determina,
Y Alfonso cuidadoso en la campaña
De la ciudad intenta la ruina;
Sus huestes animosas acompaña
Al sitio, donde al muro se avicina,
Y abrir intenta su valor portillo,
De todos siendo general caudillo.

Tremendo suena, y al temor influye
El rayo inexorable de la guerra,
Y el son horrendo el eco restituye,
Que oculto vive en la vecina sierra.
El humo negro por los aires huye,
Y suelto deja la medrosa tierra,
Que ya temblando en sus espaldas siente
Del viejo muro la deshecha frente.

Pedro animoso, levantando en alto
El fuerte brazo, diligente aspira
A la forzosa gloria del asalto,
Que los contrarios ánimos retira.
Enrique fuerte con ligero salto,
Al muro llega, y atrevido mira
La parte donde su violencia dura
El triste vulgo resistir procura.

No espera Juan que sus navarros fuertes
Detengan helicosos los aceros,
De empresas altas y sangrientas muertes
Ejecutores rígidos y fieros.
Neutrales muestra las confusas suertes
La dura oposición de los guerreros,
Las armas suenan, y el soberbio grito
Del aire vago discurrió el distrito.

Emprenden, paran, gritan, acometen,
Osados vuelven, resistidos dudan,
Confusa y ciega mente se entremeten,
Sin dar lugar que á su facción acudan.
Tal vez eterno lauro se prometen,
Y tal dudoso la soberbia mudan;
Crece la voz de la victoria al viento,
Y está por engendrar el vencimiento.

La fiera ejecución de las espadas
La pasta al cielo convirtió en estrellas,
Que fueron por el aire desatadas,
Envidia breve de sus luces bellas.
Sangrientos golpes, fieras estocadas,
Hinchadas voces, miserias querellas,
Escucha, y siente la confusa junta,
Que indiestra mata, que engañada apunta.

De Alfonso en las reliquias de los godos,
Aliento y fuerzas al valor infunde,
Y el fuerte ejemplo, respetado en todos,
Con fieros golpes animoso cunde.
Su invicta gente, con diversos modos,
Gallarda intenta que en su honor redunde
El mismo esfuerzo, que con sangre ajena
Vistió los muros y bañó la arena.

No pudo la francesa diligencia
Del largo asalto resistir la furia,
Y al fin con desmayada resistencia
Medrosa siente la española injuria.
Pisaba de los muros la eminencia
La noble escuadra que produjo el Turia;
Tras ella luego á la ciudad que ofende
El resto del ejército deciendo.

Triste resuena el misero lamento
Del vulgo femení suelto y confuso;
Las quejas roba lastimado el viento,
Y de las nubes de dolor compuso.
Ligero corre el vencedor sediento
Del justo robo que permite el uso,
Y antes que fuego la violencia emprenda,
Alfonso á todos recogió la rienda.

Manda que cese el premio merecido,
Que la amistad enfrente la codicia,
Que den los golpes treguas al vencido,
Que temple sus aceros la justicia,
Que pare de las armas el ruido,
Que Marte enseñe á la humildad propicia
La armada frente y al modesto ruego,
La furia dome la piedad al fuego.

Su común alegría le apercebe
El triunfo, con las glorias que pregona;
El miedo por las armas le recibe,
Y amor por la clemencia le corona.
Alfonso en todos generoso vive,
Y el carro apresta por salir Latona,
Mostrando al cielo en su cabello cano
La luz prestada que le dió su hermano.

CANTO VII.

ARGUMENTO.

Ansberto á su contrario desada,
Con él pelea Laura por engaño,
Muere en el campo, y del error que hacia,
Conoce el catalán el desengaño.
Furioso parte, y al morir el día,
Gerardo llega á lamentar el daño,
El monte sigue por camino incierto:
Gallardo Florisbel vence á Norberto.

En medio de su curso diligente,
Tendiendo líneas de oro, dividía
Con abrasado rostro el sol ardiente
En dos iguales términos el día;
Cuando en la verde orilla de una fuente
El pensativo Ansberto revolvía
Memorias tristes de su bien perdido,
Si así se llama lo que nunca ha sido.

No le perturba, no, que en la campaña
Probar espera de Gerardo el brio,
Segun el fuero bárbaro de España,
Habiéndole llamado á desafío:
El agua mira, que ligera baña
Guijas y arenas por llegar al río,
Y al curso natural su engaño avisa,
Que así á Gerardo camino Fenisa.

¿Si amor es voluntad, quién la conquista?
Si fuerza natural, quién la detiene?
Si estrella, quién habrá que la resista?
Si engañoso dolor, quién le previene?
El que es amado, venturoso insista;
Rendirse al no querido le conviene,
Pues no hay porfía que obligando tuerza
Dolor, estrella, voluntad y fuerza.